

El relevo de género en la elaboración alfarera. El caso de las comunidades Guaitil y San Vicente, provincia de Guanacaste, Costa Rica

Julián Rubí Zeledón

Licenciado en Planificación Económica y Social, de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA). Es funcionario de CadenAgro, de la Escuela de Ciencias Agrarias, UNA

Daniel Rueda Araya

Máster en Administración Pública, de la Universidad de Costa Rica (UCR).

Es funcionario de CadenAgro, de la Escuela de Ciencias Agrarias, UNA

Resumen

El artículo presenta un breve recorrido por la historia reciente de las comunidades alfareras costarricenses de Guaitil y San Vicente, en la región Chorotega. Profundiza en el cambio intergeneracional y el relevo de género que comprometen el mantenimiento de esta tradición ancestral. Asimismo introduce la importancia que tienen los sellos de calidad diferenciada por territorio, como las denominaciones de origen (DO): una herramienta de rescate, valoración y protección de estos saberes culturales. El aporte al conocimiento de la actividad alfarera en Guaitil y San Vicente presenta datos de un censo realizado por el centro especializado CadenAgro de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA) en los talleres artesanos. La información obtenida muestra un panorama para la gestión a largo plazo de la DO que garantice el mantenimiento de las prácticas culturales de las comunidades artesanas.

Palabras claves: alfarería artesana, denominaciones de origen, género, tradiciones.

Abstract

The article presents a brief overview of the recent history of potter Costa Rican communities Guaitil and San Vicente, in the Chorotega region. It deepens intergenerational change and gender relay involving the maintenance of this ancient tradition. It also introduces the importance of quality labels differentiated by territory, as designations of origin (DO): a rescue tool, valuation and protection of this cultural

knowledge. The contribution to knowledge of the activity of pottery in San Vicente and Guaitil presents data from a census conducted by the specialized center CadenAgro of the National University of Costa Rica (UNA) in artisan workshops. The information obtained shows an overview for long-term management of DO to ensure the maintenance of the cultural practices of artisan communities.

Key words: artisan pottery, designations of origin, gender, traditions.

Introducción

En los últimos años, diferentes autores han venido advirtiendo sobre el peligro que enfrentan las tradiciones culturales y gastronómicas de las etnias latinoamericanas de ser absorbidas por la globalización. No obstante, se evidencia que las culturas indígenas siguen vigentes y continúan adaptándose a los cambios. A pesar de las condiciones adversas, la adaptación se manifiesta, entre otras formas, en sus prácticas musicales, agroalimentarias y artesanales.

En este artículo se presenta el caso de tradición de la artesanía alfarera y se profundiza en las relaciones de género y el relevo intergeneracional que, a su vez, inciden en la producción de la cerámica Chorotega. Se trata de una tradición ancestral sometida a las pruebas del tiempo y cambios culturales, socioeconómicos, tecnológicos y ambientales que inciden en aspectos clave para el mantenimiento de las prácticas ancestrales heredadas directamente de los indígenas chorotegas que habitaron la Gran Nicoya hace más de 2000 años. Un aspecto medular en esta discusión corresponde a la transmisión del conocimiento y del saber hacer entre géneros y su cambio intergeneracional, como una práctica que se ha mantenido de generación en generación desde esa época.

Como una forma de protección legal y herramienta comercial que permite potenciar y valorizar estos productos típicos artesanales, se ha realizado el estudio de las condiciones que presenta la cerámica Chorotega para su registro con un sello de calidad diferenciada por territorio u origen, específicamente la denominación de origen (DO). Con este propósito, el Centro de apoyo para el desarrollo de denominaciones de origen y sellos de calidad de productos agroalimentarios y artesanales (CadenAgro), de la Escuela de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional (UNA), ha venido acompañando a los artesanos y artesanas de las comunidades de Guaitil, cantón de Santa Cruz, y de San Vicente, cantón de Nicoya, ambos de la provincia de Guanacaste, para elaborar los estudios técnicos que, según la legislación vigente en Costa Rica, son requeridos para certificar esta cerámica como una DO.

Antecedentes

En la actualidad, se han registrado en América Latina tres productos cerámicos con denominación de origen: la Talavera de México, otorgada a los artesanos de Puebla en 1997 y a los del municipio de San Pablo del Monte, Tlaxcala, en el 2003; la cerámica Chulucanas de Perú, en el 2006, y la cerámica artesanal de Ráquira, Colombia, en el año 2010. Por el interés mercadológico que presentan los sellos de calidad diferenciada por territorio en la cerámica, las denominaciones de origen son bien valoradas por economistas y gobiernos que han creado sistemas de promoción para dinamizar las economías y el desarrollo local, tal y como señala un estudio de Raúl Romero Cevallos para el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), “las artesanías se consideran un producto de exportación, generadora de ingresos y de empleo, de manera que es una actividad cultural que ya logró lo que otras expresiones culturales están buscando: el reconocimiento de su relevancia para el desarrollo” (Romero, 2005: 71).

En el mismo sentido, otros autores han señalado la importancia de rescatar las actividades tradicionales y de consolidarlas como productos culturales en los mercados nacionales e internacionales, lo cual sería una forma de relacionar más articuladamente la cultura y el desarrollo local. Al respecto, José Sánchez y otros dicen que “muchos productores locales no tienen acceso a los mercados. Las formulas convencionales, como exhibiciones o competencias que muestran la calidad de ciertos productos y estimulan sus precios, no son suficientes: las limitaciones de tiempo y costes impiden que muchos artistas y artesanos se aprovechen de ellas” (Sánchez y otros, 2006: 9-10).

En el caso de la actividad de producción de cerámica tradicional en Costa Rica, se tiene evidencia suficiente de su contribución al desarrollo de las comunidades guanacastecas. Tanto Guaitil como San Vicente han logrado conservar su tradición artística mediante la adaptación a las condiciones del mercado globalizado. Con ello, han venido consolidado una actividad económica que orienta el sistema local endógeno y la generación de empleo.

La historia de la tradición alfarera en las comunidades de Guaitil y San Vicente

La herencia de la cultura autóctona se conserva en el área conocida como la Gran Nicoya, que abarcaba parte del sur de Nicaragua y la totalidad de la actual provincia de Guanacaste en Costa Rica. En la Gran Nicoya, la actividad alfarera se mantuvo durante miles de años. Actualmente, ciertos poblados ubicados en esta misma zona mantienen la producción de alfarería artesanal, legado característico de la estructura productiva colonial en Latinoamérica. En Costa Rica, principalmente en dos comu-

nidades de la región Chorotega, Guaitil y San Vicente, se manifiesta una tradición fuertemente arraigada, a pesar de que las etnias chorotegas prácticamente han desaparecido.

En documentos que hacen referencia a la vida cotidiana de la época colonial, Meritxell Tous Mata advierte el gran volumen de cerámica solicitada por los españoles como tributo a los indígenas de la Gran Nicoya, ofrendas que oscilaban en alrededor de 1.000 piezas de cerámica y 50 tinajas (Tous, 2002). La producción de lozas cerámicas se daba en Nicoya desde tiempos precolombinos; las pruebas arqueológicas rondan los 3.000 años de antigüedad y las excavaciones recuperadas por el Museo Nacional de Costa Rica incluyen piezas con influencias de las etnias, tanto del norte como del sur del continente, así como piezas utilitarias y otras con usos rituales decoradas con colores naturales rojo, blanco y negro. Podemos decir que esta cerámica monocromada y policromada tiene su origen en aquella confeccionada desde los tiempos del cacicazgo chorotega.

Anteriormente a los chorotegas, los primeros pobladores indígenas en la región de la Gran Nicoya se caracterizaron por centrarse en la elaboración de piezas utilitarias para la cocción y almacenaje de alimentos principalmente. La decoración en las piezas cerámicas fue parte de una evolución en la elaboración, la cual llegó posteriormente a alcanzar altos grados de complejidad y belleza en sus trazos, pero la cerámica utilitaria sin decoración fue la primera que se produjo. En un trabajo de investigación de Yanina Pizarro y Jorge Marchena se describe cómo esta “cerámica se estima que tiene unos 4000 años de antigüedad, cuyas técnicas de trabajo han logrado perdurar y transmitirse de generación en generación. La mayoría de las piezas de barro se caracterizan por las representaciones zoomorfas y antropomorfas, pintadas con colores naturales denominados “curiol”, los cuales se presentan en rojo, blanco y negro. Si bien es cierto que las actuales técnicas de elaboración han tenido algunas modificaciones con respecto a la práctica original indígena, esta conserva esencialmente sus ingredientes principales: la arcilla y la denominada “arena iguana”, que le da forma a la vasija y el “curiol” pintura natural que le da vida y matices a las piezas” (Pizarro y Marchena, 2009: 2).

Hasta hace unos 65 años, la producción alfarera cobró fuerza nuevamente en Guaitil y San Vicente, debido al auge comercial que tuvo la cerámica utilitaria en la época de escasez de utensilios de aluminio y metal, producto de la demanda de estos metales para la producción armamentista durante la Segunda Guerra Mundial. Gracias a la alta demanda a finales de la década de los años 40 y 50, los pueblos de Guaitil y San Vicente se dieron a conocer nacionalmente por sus tinajas y cacerolas. Citando a Philip Wagner, Anayensy Herrera y Jim Weil dicen que la “alfarería producida en la zona es utilizada en la mayoría de las cocinas de la península de Nicoya; un car-

gamento grande parte todos los veranos hacia los mercados de Puntarenas y de la Meseta Central” (Herrera y Weil, 2009: 5).

Relaciones de género presentes en el proceso de cambio intergeneracional

La historia reciente documenta que eran únicamente las mujeres quienes se dedicaban a la elaboración de las lozas utilitarias, pero los primeros hombres en Guaitil y San Vicente en aprender, lo hicieron durante las “vacas gordas” que experimentó la producción en la región durante 1940-1950; fue en ese contexto donde los primeros niños y jóvenes varones aprendieron este arte. Las mujeres y hombres de más edad recuerdan cómo la actividad la aprendieron de sus abuelas y madres. Los testimonios y documentación de mujeres centenarias narran cómo sus abuelas se dedicaban a la elaboración, principalmente, de cerámica utilitaria para cubrir las necesidades de utensilios como tinajas para el agua, comales y ollas de cocina para los hogares.

Al respecto, Ibeth Guier señala que “tradicionalmente la alfarería de Guaitil estaba orientada a satisfacer las necesidades de la vida diaria y las principales piezas producidas eran la tinaja para acarrear y mantener fresca el agua; el comal, para hacer tortillas; la olla frijolera, una vasija de boca ancha y con agarraderos para cocinar y finalmente, la nimbuer, una vasija similar a la frijolera, pero sin agarraderos, destinada para almacenar alimentos. Estos utensilios estaban destinados exclusivamente a las cocinas de las comunidades aledañas. Se trataba de formas simples, utilitarias, y excepcionalmente se decoraban con diseños sencillos, como bejucos y hojas. Posiblemente, la gente del Valle Central desconocía la existencia de esta producción o simplemente la menospreciaba, por no encontrarle una utilidad práctica en su medio y tampoco le reconocía un valor cultural y mucho menos artístico; por lo tanto, la alfarería de Guaitil era para esa zona” (Guier, 2011: 2).

A mediados de la década de los años 50, producto de la política de industrialización ejercida durante la posguerra, la demanda de utensilios de cerámica decayó progresivamente. Para ese momento, los hombres participaban en su mayoría como abastecedores de sus talleres familiares, mientras las mujeres elaboraban las lozas, los hombres traían las materias primas el barro y los curioles, picaban la leña pero, también, en la elaboración de las materias primas, participaban hasta los miembros más jóvenes de la familia, como por ejemplo en la tradicional “pateada” del barro, como se llama a la acción de amalgamar la arcilla con los pies descalzos.

Con la creación de cooperativas de artesanas y por la naciente actividad turística en la zona guanacasteca, surgió un crecimiento de la demanda alfarera que trajo como consecuencia la incorporación de varones artesanos, quienes empezaron a abandonar las tareas agropecuarias. Durante las décadas de los años 60 y 70, la participación

de los hombres en la elaboración de cerámica se generalizó y se inició el relevo de género en la elaboración de la artesanía y en la gestión de los talleres.

En esos años, la producción se dirigía a un nuevo nicho de mercado emergente, el primer turismo extranjero incipiente que se empezó a dar en Guaitil. Con esto se dio también una evolución en los diseños hacia mayores niveles de complejidad. Recientemente, tanto en San Vicente como Guaitil, se ha proliferado el motivo ecológico junto con una decoración tradicional que se mantiene. Herrera y Weil describen las transformaciones artísticas de los diseños y, en general, del artefacto. “Los estilos actuales que se aprecian en las comunidades de Guaitil y San Vicente se pueden clasificar en tres estilos principales: el estilo que recoge la tradición en el uso de vasijas para uso doméstico, el estilo que recoge las reproducciones precolombinas y el nuevo estilo que expresa temas ecológicos” (Herrera y Weil, 2009: 13).

Las innovaciones impulsadas por la demanda no son exclusivas de los artesanos Costa Rica. En el Estado de Morelos, México, Patricia Moctezuma Yano señaló el cambio impulsado por el turismo en la alfarería tradicional. “La producción de figuras de ornato en Tlayacapan, ha traído consigo una serie de innovaciones técnicas, organizativas y comerciales muy importantes en la historia de la alfarería como tradición ocupacional. Por un lado, se observa la tendencia a cierto empobrecimiento técnico. Por otro, los alfareros experimentan nuevas maneras de organizar el trabajo y formas de comercializar sus creaciones, en donde cada día el turismo aparece como el sujeto más importante en el consumo cultural; hecho de suma trascendencia si tomamos en cuenta que la alfarería en la historia de los pueblos campesinos ha tenido una función de autoaprovechamiento de enseres de uso cotidiano, función que tiende a debilitarse” (Yano, 2010: 2)

En Morelos, el turismo vino a impactar la economía local positivamente por medio de la creación de nuevos empleos y oportunidades de obtener mayores ingresos a las mujeres que se incorporaron como decoradoras de piezas ya elaboradas. Las mujeres, quienes en menor medida se empezaron a desenvolver como jefas de tiendas o como intermediarias revendedoras de piezas de ornato, innovaron en un arte que en esa región se consideraba tradicionalmente masculino. Claro que se da la pérdida de identidad por obedecer únicamente a las fuerzas del mercado, y la conservación de la tradición fue un tema que en este caso no se abordó en México, pero lo cierto es que la demanda de piezas de ornato, como suvenires, vino a cambiar las relaciones de género dentro del mercado laboral, visibilizando a la mujer en una actividad que se desarrolló tradicionalmente en el seno familiar donde ellas fueron simples colaboradoras de los maestros artesanos.

En Costa Rica se da el caso contrario a México. En Guaitil y San Vicente el arte de la cerámica se transmitió inicialmente entre las mujeres, de abuelas a nietas y de madres a hijas. Lo interesante de resaltar es que producto de la demanda turística y de la incorporación de ambos géneros a la producción dirigida a este nicho de mercado, se dieron importantes innovaciones técnicas y sociales, las cuales no han alterado la esencia de la tradición.

El impacto de la incorporación de los hombres en la alfarería

La incorporación de los hombres, aunque muy sutilmente, vino a cambiar las relaciones de género tradicionales. Al principio, el hombre se desempeñaba dentro de la actividad alfarera solo como abastecedor de las materias primas del taller familiar, mientras la mujer elaboraba los utensilios para la cocina. Los hombres empezaron a reconocer el valor comercial de la cerámica y esto contribuyó a generar un interés creciente en su participación como artesanos.

Durante la década de los años 60 y 70, la actividad artesanal también fue apoyada por diversos programas estatales para el aprovechamiento del potencial turístico de la cerámica con rasgos chorotegas. Como parte de los programas de apoyo, se creó la primera cooperativa de mujeres CoopeArte R.L., para la impartición de cursos de diseño precolombino, la elaboración de réplicas y la transmisión más generalizada del saber artesanal a niños y jóvenes. No obstante, según Guier en “1984 la Cooperativa se disolvió por falta de organización y sus integrantes comenzaron a trabajar individualmente. Luego se formó otra cooperativa, esta vez en San Vicente, pueblo aledaño a Guaitil, nuevamente la iniciativa fue de las mujeres; pero por diferentes problemas los hombres tomaron el control y la nueva cooperativa fue exclusivamente masculina y la producción se centró en las reproducciones de piezas precolombinas” (Guier, 2011: 3).

La ayuda estatal llegó a su final en los ochentas, lo que significó una especie de “shock” para las cooperativas e impulsó a muchas personas a trabajar y vender por su cuenta, cuyo fraccionamiento vino a intensificar la competencia entre talleres familiares. Este factor de libre competencia de mercado, sumado a una creciente demanda y nuevos nichos de mercado, fomentaron nuevas formas de organización del trabajo y, a la vez, un ambiente innovador en ambas comunidades.

La población que había sido capacitada manejaba conocimientos en la elaboración de réplicas e innovó el estilo chorotega hacia los motivos ecológicos introducidos principalmente por los hombres, quienes desarrollaron un mayor nivel de complejidad en la decoración, particularmente en el calado. Producto también de la incorporación del hombre en el arte de la alfarería, atendiendo a una demanda turística que se in-

ensificaría en la siguiente década de los noventas, surgieron otras innovaciones en la decoración de los artefactos.

Análisis de la dinámica intergeneracional y de género

Como parte de los resultados del censo realizado de octubre a noviembre del 2010 por parte de CadenAgro, se lograron identificar 74 talleres en funcionamiento dedicados a la elaboración de la cerámica chorotega. La población que labora directamente en los talleres de ambas comunidades asciende a 165 personas que corresponde a un 39% femenina y un 61% masculina. El promedio de edad es de 40 años. En su mayor parte, se encuentra entre los 40 y 49 años, mientras que el segundo grupo en importancia oscila entre los 20 y menores de 30 años de edad.

En cuanto a la diferencia entre el total de hombres y mujeres, surge un aspecto importante en la brecha de género, de acuerdo con el grado de participación que tiene actualmente la mujer en la actividad de la alfarería, del contexto sociocultural que incide en la evolución de las relaciones de género y del cambio intergeneracional a lo largo del tiempo.

No fue hasta hace aproximadamente 50 años que la participación del hombre en la elaboración de la alfarería se hizo evidente y se sobrepone a las mujeres. Como se observa en el cuadro 1, entre los 50 y 59 años de edad, la cantidad de mujeres artesanas es inferior a los hombres. A mayores edades esto se revierte, pues hace más de 50 años la actividad alfarera tenía como referente esencial a las mujeres, dejando de lado que muchas de ellas se han venido justificando. Al contrario, a menores edades, la cantidad de hombres es siempre creciente.

Cuadro 1: Género según tipos de edad																				
Género	Grupos de edad en años																		Total	
	11 a 19		20 a 29		30 a 39		40 a 49		50 a 59		60 a 69		70 a 79		80 a 89		11 a 89			
Masculino	7	87,5	27	75,0	20	58,8	26	57,8	13	56,5	3	27,3	2	66,7	1	50,0	99	61,1		
Femenino	1	12,5	9	25,0	14	41,2	19	42,2	10	43,5	8	72,7	1	33,3	1	50,0	63	38,9		
Total	8	100	36	100	34	100	45	100	23	100	11	100	3	100	2	100	162	100		

Fuente: Elaboración propia con base en el Censo de talleres artesanos de Guaitil y San Vicente, 2010.

Como se afirmó, entonces, después de los 50 años las mujeres artesanas superan a los hombres y, porcentualmente, en el tipo de edad entre los 60 y los 69 años, el porcentaje de mujeres sobrepasa notablemente a los hombres llegando a 73% contra 27%,

proporción completamente inversa a la situación de género que se presenta en los tipos de edades inferiores a los 30 años.

El análisis porcentual de los grupos de edades que van de los 30 a 39 años de edad hasta los 50 a 59 años muestra un comportamiento muy equilibrado de hombres y mujeres. Vale la pena resaltar cómo la proporción de mujeres baja a 25% en relación con el total de hombres en el segundo grupo de importancia por cantidad de personas, entre los 20 y 29 años de edad, en términos absolutos, pues se registraron solo 9 mujeres laborando como artesanas contra 27 hombres. Mientras, en sentido contrario, de las personas artesanas mayores de 60 años, son solo 6 hombres en contraste con 10 mujeres. Los tres varones artesanos mayores de 70 años representan a los primeros hombres en incursionar en la elaboración de lozas cerámicas. A partir de los 50 años en adelante, tenemos 20 mujeres artesanas versus 19 hombres.

De las diferencias presentes entre hombres y mujeres, en términos relativos y absolutos, se puede prever una amenaza que comprometería el mantenimiento de la tradición para las futuras generaciones, al relevar los hombres a las mujeres en la alfarería. El envejecimiento de las mujeres artesanas es evidente, sumada a la baja incorporación de las mujeres más jóvenes en la actividad. Aunque se pueden encontrar personas mayores de 70 años trabajando en la alfarería, son muy pocas y si tomamos en cuenta que fueron las mujeres quienes iniciaron la actividad alfarera alrededor de la elaboración de piezas utilitarias, es lógico encontrar una ligera diferencia a favor de ellas en los tipos de edades más altos.

Para tratar de explicar el problema que podría resultar si la mujer abandonara la tradición de sus abuelas y tatarabuelas, se analiza a continuación alguna información empírica relevante, según los roles de género que asumen los y las 74 líderes de los talleres, como se puede apreciar en el siguiente cuadro.

Cuadro 2: Actividades complementarias por género			
Otras actividades desarrolladas	Género		Total
	Masculino	Femenino	
Ninguna solo la cerámica	27	17	44
Trabajo doméstico	1	9	10
Comerciante	2	4	6
Jornalero	3	0	3
Agricultura de subsistencia	4	0	4
Cuidar animales	1	0	1
Zapatero	1	0	1
Venta de comidas	1	1	2
Corte de pelo	1	0	1
Soldadura	2	0	2
Total	43	31	74

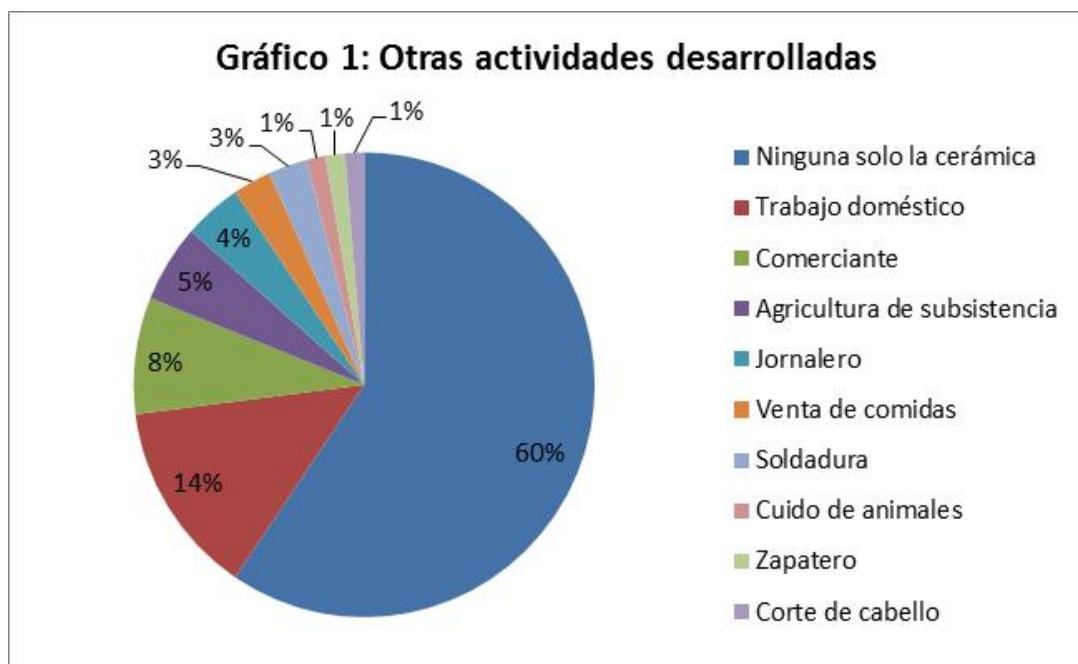
Fuente: Elaboración propia con base en el Censo de talleres artesanos de Guaitil y San Vicente, 2010

Un análisis de las tareas por sexo (ver cuadro 2) permite comprender cómo las mujeres realizan varios roles simultáneamente. En el caso del trabajo doméstico, puede observarse cómo el 29% de las mujeres (9) también se dedican a liderar el taller de cerámica, mientras que solo un hombre realiza estas labores. En términos generales, se puede afirmar que la mayor carga de trabajo recae principalmente en las mujeres, quienes fueron las que iniciaron la tradición alfarera.

A manera de hipótesis, las mujeres más jóvenes, aparte de estar estudiando, deben colaborar en las labores domésticas con las madres que forman parte de las 17 líderes de talleres que se dedican exclusivamente a la cerámica y a las 5 jefas que tienen otros empleos, lo cual incide directamente en la menor incorporación de mujeres jóvenes en la actividad alfarera. Por su parte, complementariamente, los hombres se dedican a la agricultura de subsistencia y otros oficios, correspondiendo así al rol tradicional masculino de proveedores.

Según los datos del cuadro 2, y los datos en términos relativos expresados en el gráfico 1 a continuación, se muestra cómo un 40% de las personas que lideran los talleres realizan otras actividades, pero solo poco más de la mitad son remuneradas. La más importante es el comercio realizado por 6 artesanos que representan un 8%, así como la agricultura de subsistencia (siembra de maíz y frijoles) por parte de 4 artesanos (5,4%), quienes venden alguna parte de su producción agrícola a muy baja escala.

El gráfico muestra que el 60% de las personas líderes de los talleres se dedica exclusivamente a la producción artesanal y un 13,5% lo hace, paralelamente, con las labores domésticas en el hogar. Aunque no tiene mayor relevancia que la de suponer una incipiente actividad comercial y económica en las comunidades de Guaitil y San Vicente, actividades como el corte de cabello, la reparación de calzado, el cuidado de animales, la soldadura y la venta de comida son llevadas a cabo para complementar los ingresos del hogar.



Fuente: Elaboración propia con base en el Censo de talleres artesanos de Guaitil y San Vicente, 2010

Una apreciación general llevaría a afirmar que los efectos de la globalización en las nuevas generaciones ha venido incidiendo en los cambios de las expectativas y en un paulatino abandono de las prácticas tradicionales autóctonas, como es el caso de la actividad alfarera. La idea de promover el sello de DO busca revertir estos efectos y dar una oportunidad al rescate de la tradición mediante su protección y revalorización.

Una segunda hipótesis es que en el hogar no existe colaboración por parte del hombre en labores domésticas pero sí en el taller, bajo un modelo de división de las tareas en las cuales se divide el proceso artesanal de la elaboración de cerámica. Lamentablemente, ese mismo modelo de intercambio de trabajo no se traslada a la esfera doméstica, en la que se reproducen los roles tradicionales de género. Para la reproducción de la sostenibilidad de la actividad en el futuro, la transmisión del arte chorotega depende de si la mujer se mantiene produciendo loza para el mercado.

Los talleres hoy en día continúan siendo esencialmente empresas familiares. En la mayoría de los casos, las mujeres líderes de talleres están casadas para un total de 23 contra 30 hombres en la misma condición, lo que representa 71% del total de líderes. Como se aprecia en el cuadro 3, 19% de las personas encuestadas son solteras, pero resalta el hecho de que, de las 14 personas que trabajan solas, 10 son hombres y solo 4 mujeres son solteras. Existe, por lo tanto, unión familiar y el taller como unidad

productiva familiar fundamenta relaciones de confianza y cooperación.

Cuadro 3: Estado civil por género						
Estado civil	Género				Total	
	Masculino		Femenino		Abs	%
Casado	30	40,5	23	31,1	53	71,6
Soltero	10	13,5	4	5,4	14	18,9
Viudo	1	1,35	1	1,35	2	2,7
Divorciado	2	2,7	3	4,1	5	6,8
Total	43	58,1	31	41,9	74	100,0

Fuente: Elaboración propia con base en el Censo de talleres artesanos de Guaitil y San Vicente, 2010

A manera de conclusión, vale la pena resaltar la existencia de un contingente de artesanos jóvenes solteros que contrasta con muy pocas mujeres solteras que trabajen solas, con excepción de las 4 mujeres que ya no viven con el esposo. Asimismo la existencia de redes de confianza y de relaciones de cooperación en las comunidades que, a su vez, sin perder la competencia, construyen relaciones mercantiles que hacen posible, en contadas excepciones, la contratación permanente de mano de obra externa (fuera del núcleo familiar).

Es interesante señalar, también, cómo algunos trabajos especializados que son realizados por ciertos artesanos son contratados de forma rotativa por los diferentes talleres, lo cual muestra la especialización que ha venido surgiendo en algunos procesos y la innovación propiciada por un ambiente de competencia y cooperación que, al mismo tiempo, se entretreje en las redes comunitarias de trabajo.

La realidad de la actividad alfarera de Guaitil y San Vicente de la provincia de Guanacaste en Costa Rica plantea algunos retos que son indispensables de solventar si se desea garantizar la sostenibilidad de la cerámica chorotega con el sello de DO. Para tratar de gestionar la sostenibilidad de la actividad alfarera de la cerámica chorotega, las cooperativas y asociaciones de desarrollo de las comunidades deben coordinar acciones que permitan incentivar nuevamente el interés de las personas jóvenes, especialmente de las mujeres, para aumentar su participación en la actividad tradicional y mantener la transmisión a las futuras generaciones.

Bibliografía

Cabello, Paz (2009). Iconografía y significado del jaguar en los pueblos mesoamericanos: Chorotegas y Nicaraos. Museo de América de Madrid. Tomado de <http://revistas.ucm.es/ghi/>.

Guier, Ivette (2011). Guaitil, pasado, presente y futuro de la cerámica Chorotega. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica (UCR), Cátedra de Cerámica.

Herrera, Anayency y Jim Weil (2009). Tradición y cambio en la cerámica producida en las comunidades de San Vicente y Guaitil. Heredia, Costa Rica: Universidad Nacional de Costa Rica (UNA).

Moctezuma, Patricia (2010). La mujer en la alfarería de Tlayacapan. Revista *Cohesión social: Visiones y facetas*.

Pizarro, Yanina y Jorge Marchena (2009) Aportes para la comprensión histórica de la cerámica de Guaitil y San Vicente, Guanacaste. Heredia, Costa Rica: Universidad Nacional de Costa Rica (UNA).

Romero, Raúl (2005). ¿Cultura y desarrollo? ¿Desarrollo y cultura? Propuestas para un debate abierto. Cuadernos PNUD. Serie Desarrollo humano 9.

Sánchez, José y otros (2006). Economía de la cultura: Cultura y desarrollo local. XIII Encuentro de economía pública. Almería, España.

Tous, Meritxell. (2002). De la Gran Nicoya precolombina a la provincia de Nicaragua, s. XV y XVI. Tesis doctoral presentada en el Departament d'Antropologia i Història d'Amèrica i Àfrica, Facultat de Geografia i Història, Universitat de Barcelona. Barcelona, España.